

OBSERVACIONES SOBRE RAPACES NOCTURNAS EN CAUTIVIDAD (1)

Por E. MUÑOZ DEL CAMPO

Ante todo debo manifestar que mis conocimientos científicos en ornitología son muy relativos. Soy ornitólogo de alma, pero ornitólogo práctico. Desde muy joven he prestado especial atención a todo lo referente a las aves, habiéndome especializado con las de presa, las rapaces. He estado siempre en contacto directo con ellas, pues nunca ha faltado algún ejemplar en mi casa, y en dos oportunidades he donado al Jardín Zoológico de Montevideo, en vida de su ex-propietario, el Dr. Alejo Rossell y Rius, dos colecciones bastante importantes; una de ellas compuesta de 80 ejemplares de muy variadas especies, y poseo actualmente en mi casa 33 ejemplares de 17 especies distintas, 10 diurnas y 7 nocturnas, con la particularidad de que a excepción de un halcón, *Circus maculosus*, todas han sido criadas de pichones.

Es pues a ellas que me referiré sucintamente y casi podría asegurar que la mayor parte de mi disertación tendrá que concretarse a corroborar en un todo lo que ya han dicho en otras oportunidades en este mismo lugar, otras personas más autorizadas que yo, y suenan aún en mis oídos la magnífica defensa que de estas aves hiciera tan acertadamente en la última reunión nuestro Presidente, A'mirante Casal.

Considero oportuno empezar con algunas indicaciones, fruto de una larga experiencia, sobre la mejor manera de criar y conservar estas aves cuando son capturadas de muy jóvenes, es decir en el nido. La principal dificultad, como es natural, la constituye el encontrar una alimentación adecuada para el buen desarrollo de los pichones. Lógicamente se creará que dándoles puramente carne será suficiente; gran error, este sistema de alimentación los enfermará fatalmente de osteomalacia, enfermedad que se manifiesta principalmente por la atrofia de las patas, como consecuencia de la falta de materias calcáreas en los alimentos. Aconsejo, por lo tanto, que sin prescindir en absoluto de la carne, se prepare siempre que sea posible, un picadillo en el que pueden entrar indistintamente, roedores, pájaros, serpientes, lagartijas, ranas, y algunos coleópteros. Todo esto, como

(1) Comunicación presentada por el autor en la reunión de la S. O. P. el 28 de Noviembre de 1935.

ya lo he dicho, bien picado con huesos, plumas, piel y vísceras, pero eliminando las plumas grandes. Con este sistema se puede tener la seguridad de conseguir criar ejemplares sanos y bien desarrollados.

Cuando el ave está en condiciones de desgarrar su presa, se le debe suprimir el picadillo, pero aún de adultos, si se desea tener un ejemplar perfecto, se tratará de alternar en lo posible la carne con roedores, pájaros, etc.

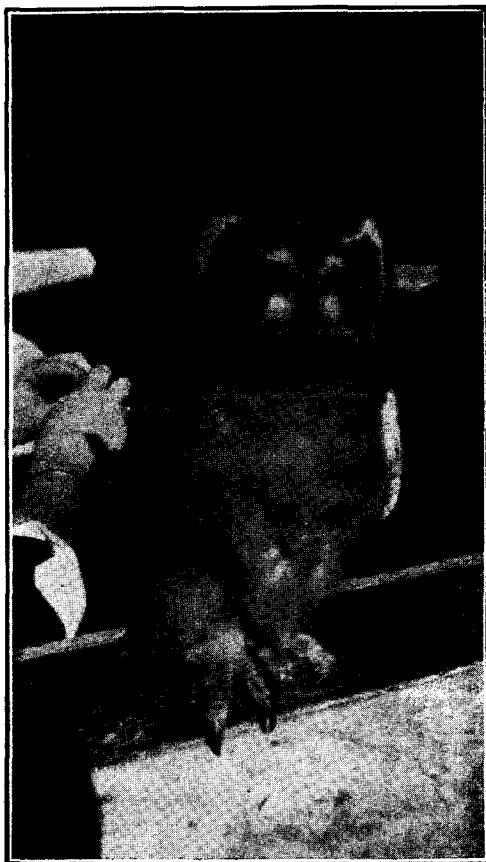


FIG. 1. — Lechuzón del Delta, *Rhinoptynx clamator maculatus* (Vieill.), de 6 meses.

Como ya se ha disertado bastante sobre la alimentación de estas aves en reuniones anteriores, solo me concretaré a reafirmar lo que en ellas se ha dicho. De las especies que he podido estudiar más de cerca, todas, salvo el halcón caracolero, *Rostrhamus sociabilis*, prefieren los roedores a cualquier otro manjar que se les brinde y las ratitas de campo, o los ratones caseros, son su alimento preferido. He podido experimentar poniendo a un mismo tiempo un pedazo de carne, un pájaro y un ratón, que sin titubear un instante se deciden por este último y cuando hay más de un ejemplar en la

misma jaula, posiblemente ante el temor que su compañero le dispute la presa, no pierden el tiempo en desgarrarlo y lo tragan entero. Naturalmente que hago excepción de los más pequeños, pero los de mayor tamaño, como ser los lechuzones de campo, los de campanario y los del Delta, los ñacurutús, aguiluchos, los engullen de un solo bocado y he visto en diversas oportunidades comerse hasta cuatro seguidos un solo ejemplar.

En ocasiones he traído de Zelaya, que es mi gran mercado proveedor de roedores, cerca de un centenar de ellos, que he distribuido convenientemente entre todos los pensionistas de mi zoológico, y puedo asegurar que media hora después no quedaba en ninguna jaula el menor rastro. Tratándose de roedores son las aves de presa de una voracidad ilimitada.

Referente a los caracoleros, *Rostrhamus sociabilis*, si bien es cierto que en cautividad se amoldan a comer carne, pájaros o roedores, prefieren sin duda alguna a cualquier otro alimento los caracoles de arroyo. Tengo dos ejemplares que mostrándoles un caracol desde cualquier distancia se ponen a gritar desafortadamente hasta que se juntan con él.

En cuanto al plumaje de estas aves habría mucho que hablar y mucho que estudiar. Cuando nacen, el plumón es generalmente de color blanco o beige y el proceso, antes de llegar a su color definitivo, es en algunas especies muy lento, tardando algunas 4 años o más.

Me referiré ahora a las rapaces nocturnas, mis preferidas, empezando por el más pequeño de todos, el *Glacidium nanum*, llamado vulgarmente caburé, o rey de la selva. Tengo dos ejemplares oriundos del Delta, en la confluencia de los arroyos Merlo y G azú, que he criado de muy pichoncitos y que viven perfectamente. Uno lleva dos años y el otro solo uno; un tercero que tenía, murió al quedar enganchado con el pico del alambre tejido de la jaula. Debido ello al habérsele desarrollado la parte superior del pico de tal forma que llegó a formarse un gancho, con el cual quedó prendido de modo que no pudo zafarse, pese a los esfuerzos que habrá hecho el pobre animalito.

Sobre la particularidad de estas aves de atraer con su canto particular a los pajaritos, para de entre ellos elegir su presa, nada puedo decir, primero porque no los he oído cantar nunca salvo un grito sin importancia que dan de cuando en cuando. Posiblemente en cautividad y con comida a discreción, no tendrán porque valerse de ese medio para procurarse alimento. Algunos isleños me han asegurado que ello es rigurosamente exacto; en cambio yo solo puedo asegurar que el carnicero, panadero, verdulero y demás proveedores, como también algunas muchachas del barrio, me piden por favor les dé alguna plumita, que parece ser un talismán infalible para las cuestiones amorosas...

Siguen a los caburés en orden de tamaño los *Otus choliba*, llamados vulgarmente ñacurutús, o buhos chicos. Poseo tres ejemplares, que llevan en mi poder 4 años, procedentes del Departamento de Minas, en el Uruguay,

los que he criado de muy chiquitos y viven en el mejor de los mundos. Los encontré en el tronco de un sauce, en un agujero construido por un carpintero. Son muy mansitos y bien nocturnos, pues de día no despliegan ninguna clase de actividades. Tienen en la cabeza dos *aigrettes* que parecen orejitas.

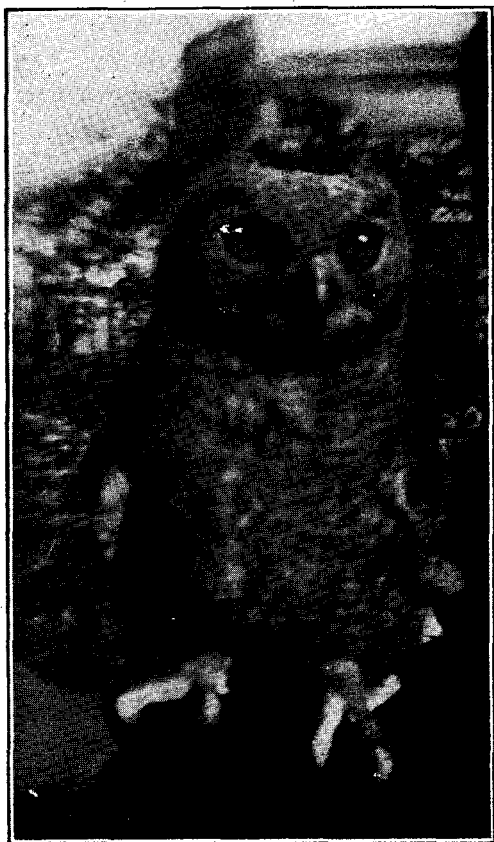


FIG. 2. — Nacurutú, *Bubo virginianus nacurutu* (Vieill.), de 6 meses.

Vienen ahora las simpáticas lechucitas de vizcachera, *Speotyto cunicularia*, de las que tengo en mi colección 4 ejemplares, también como los anteriores criadas de pichones.

Es esta especie tan diurna como nocturna y se alimenta con preferencia de pequeños roedores, siendo también muy afecta a los coleópteros. He tenido oportunidad de ver el proceso de la fabricación de la cueva, desde el comienzo hasta llegar a una profundidad de dos metros. Es muy curioso ver como cavan, de la misma manera que un perro: sacan la tierra con sus patitas y la arrojan a bastante distancia, colaborando todas en la construcción del nido. Anidaron una vez pero no llegaron a sacar pichones, por-

que un malvado ignorante las envenenó diciendo que traían desgracia, siendo esta la segunda vez que me sucede.

Los *Asio flammeus brevicaudus*, vulgo lechuzones de campo, son aves en parte diurnas, aunque generalmente empiezan a desplegar sus actividades a la hora del crepúsculo. En libertad, siempre que he tenido oportunidad de verlas alimentarse, ha sido con roedores. Son de vuelo lento, no haciéndolo nunca en línea recta y se crían en cautividad muy mansos. Tengo tres ejemplares traídos del Sur de la Provincia de Buenos Aires.

Los preferidos de mi colección, los niños mimados, por así decir, son dos *Rhinopteryx clamator maculatus*, llamados lechuzones del Delta (fig. 1), pichones de la última saca que no visten todavía plumaje definitivo. Lucen estos ejemplares unos bonitos *aigrettes* de gran tamaño y su aspecto es muy vistoso. Me fueron traídos pichones de San Pedro sobre el Paraná; son de una mansedumbre ejemplar, aunque con un ratón entre sus garras no permiten que se les moleste. Son animales muy higiénicos, aunque esta condición es propia de toda la clase, pues todos teniendo comodidad y agua limpia se bañan a diario en pleno invierno.

El *Bubo virginianus nacurutu* llamado comúnmente ñacurutú (fig. 2), es el más grande de nuestras aves de presa nocturnas. Poseo dos ejemplares, uno de dos años y otro pichón con plumón todavía, los que se crían muy mansos. Tuve durante mucho tiempo uno suelto, de mañana se subía a una higuera y en lo más alto de ella se pasaba todo el día al rayo del sol, al anochecer se bajaba y se metía solo en su jaula. No supe a qué atribuir su muerte, pero el año pasado en un día de calor excepcional, ocupaba como de costumbre su lugar al rayo del sol, cuando de pronto cayó como fulminado, y hoy ocupa un lugar de preferencia en la colección del Dr. Pereyra.

Por último citaré los *Tyto alba tuidara*, vulgarmente llamados lechuzas de campanario, que capturé en el nido en una casa en ruinas, en una isla frente a San Fernando. Se han criado muy mansos, siendo estas aves exclusivamente nocturnas, durante el día permanecen inmóviles. Son las más vistosas de las nocturnas en lo que a plumaje se refiere.